

# Amigades

En la imposición..... del palio



EL MAESTRO DE CEREMONIAS *discretamente*. — Excmo. Señor, creo que V. E. se equivoca..... no es esa la persona..... es la otra..... á quien debe *imponer* la mitra.....

EL PRESIDENTE *colérico*. — Yo no me equivoco, mi amigo. ¿No se trata de una imposición? Lo mismo dá, pues.

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC



UNMSM-CEDOC



Sucesora de "PRISMA"

Premiado con Medalla de Plata en la Exposición internacional de Milán de 1903

Director: Clemente Palma

De jueves á jueves

VARIAS personas nos han dicho con la mejor buena fé, que en el sentir de las personas adictas al Gobierno así como en el de algunos demócratas, esta revista es de oposición, por cuanto ha dirigido algunas pullas á la política seguida por el Gobierno en la cuestión de la represión de los delitos políticos y en el torcido camino que, en nuestro concepto, se está siguiendo en este debatido asunto de la competencia. No concibe la gente aquí que se pueda opinar de distinto modo sin que ello signifique un abanderamiento definitivo: no concibe la gente aquí que una revista puede ser absolutamente independiente como creemos sinceramente que es la nuestra: si juzga las cosas de distinta manera que el criterio oficial es de oposición; si las ve de igual modo, es gobiernista: en el primer caso, y concretando las cosas á la situación actual, el partido que está en el poder nos considera como enemigos y el partido de oposición como aliados; en el segundo caso el gobierno nos cree amigos y los demócratas nos suponen seducidos por los halagos palaciegos en forma de subvenciones, ofertas ó sabe Dios que otras cosas. Hemos escuchado en diversas ocasiones juicios opuestos sobre el color político de VARIADADES. Cierto es que una gran mayoría de personas ha loado la actitud imparcial de esta revista, pero de todos modos, quisiéramos llevar á la totalidad de los lectores el convencimiento pro-

fundo de que no tenemos interés político personal en los asuntos que tratamos y que nuestros juicios expuestos en esta sección no tienen su origen en arraigos partidaristas de ningún género, por la sencilla razón que no los tenemos. Nuestras caricaturas no son sino expresiones de una situación política ó social del momento, en las que el artista, inspirándose en una versión, cualquiera que ella sea, ya satírica al Gobierno, ya satírica para los partidos de oposición, la expresa con más ó menos travesura. Eso es todo.

Continúa siendo objeto de la atención pública el tema de la competencia entre la sala privativa de la Corte Suprema y la zona militar para el juzgamiento de los representantes comprometidos en el lío de la revolución. Una enfermedad inoportuna del Fiscal, Sr. La Torre González, ha sido obstáculo para que emitiera dictamen y por consiguiente para que la sala privativa, que tantos bríos demostró para rechazar el dictamen anterior, resuelva definitivamente su actitud, esto es, si sostiene su derecho que reposa en una ley clara y terminante y no permitir que le oscurezcan y tergiversen los sostenedores del fuero y del privilegio militar, *más odioso y retrógrado* que el fuero privativo por razón del cargo; ó si confiesa humildemente que una pueril sugestión de orgullo judicial ofuscó la

razón de los señores Vocales Villanueva, Canseco y Correa y Veyán haciéndose equivocarse en su juicio sobre esta cuestión jurisdiccional.

Pero el señor La Torre González se ha enfermado. Quiera Dios que sane pronto el honorable señor La Torre González, no sólo porque su salud nos es muy estimable á todos los apreciadores de su severidad moral, sino porque sería una lástima que por estar subordinada la pronta administración de justicia á las volubilidades patológicas de tan distinguido magistrado, se demorara más de lo conveniente la solución de un asunto de interés general, no tanto por el caso presente— que es importante—sino por la jurisprudencia práctica que va á quedar establecida, jurisprudencia que se nos antoja es, en 1908, de espíritu opuesto á la que el Congreso quiso sentar en 1906.

Así son las cosas! Más variable que la salud de los hombres es el alma de los mismos. Si preguntáramos á los padres de la patria que aprobaron la ley dando la prioridad en las cosas dudosas á la

sala privativa: ¿quienes son los jueces que deben intervenir en este caso, admitiendo que sea dudoso: los de la sala privativa de la Corte ó el Juez Militar? El Juez Militar!—contestarían á una, con gesto iracundo y amenazador, fundando su opinión naturalmente en la conveniencia de ejemplarizar, de matar la hidra revolucionaria, de aplicar todo el rigor marcial á esos miserables trastornadores del orden público, para los cuales debemos arrancarnos si es preciso la piedad, del pecho, porque la piedad no puede ser el fundamento del derecho, sobre el cual etc. . . . Todo un discurso del doctor Chiriboga! Pero queridos señores si todo se puede andar, si no se trata aquí de arrancarnos ese sentimiento evangélico que bien se está donde está. Cualquiera diría que los señores Villanueva, Canseco y Correa son unos buenos misioneros que en vez de aplicar esa ley terrorífica y espeluznante y ejemplarizadora llamada Código Militar, van á limitarse á leerle á los enjuiciados el sermón de la montaña y unas cuantas máxi-



Dario Sialer.

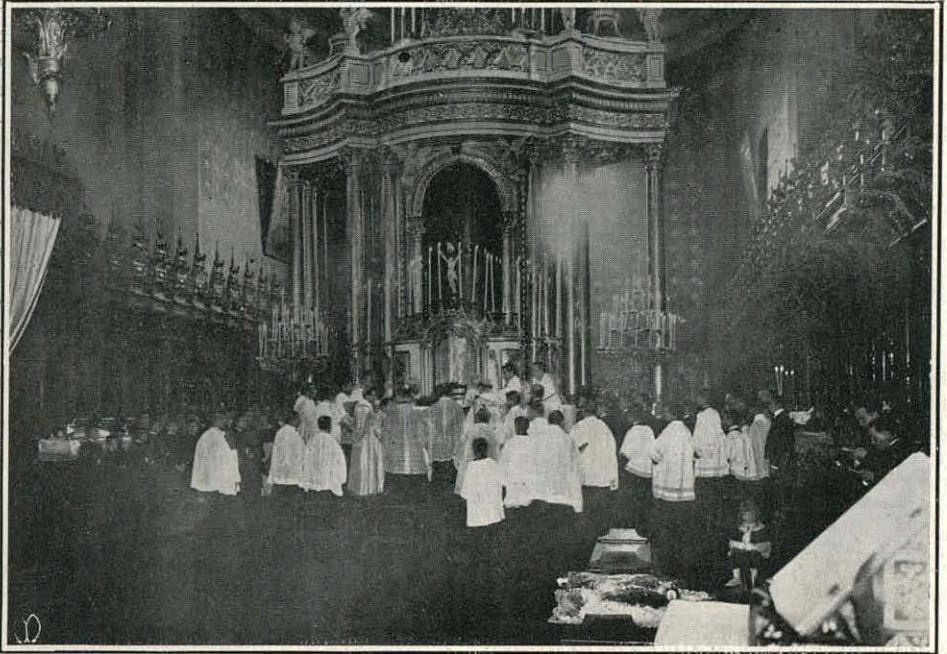
F. Castro, B. Boterín, G. Sánchez, V. M. Pardo, F. Cayo,

Julio Reyna,

José A. Torres,

E. Bermúdez, Egúsqüiza, D. Flores, P. Bermúdez, Sornosa, Gutierrez, Tinning

**Consagración solemne del Arzobispo**



mas de moral cristiana, para despedirlos después de verlos arrepentidos y llorosos con dos palmaditas en las mejillas. ¿Tiene acaso el *Código Militar* un lado suave y otro áspero y se teme que la Corte aplique aquel? Si no es simple cuestión de orgullo, de testarudez, de capricho no acertamos con cual sea el misterio y el interés especialísimo que se oculta en todo esto. Algún día se verá claro.

Entretanto en esta semana el interés público sobre este asunto no ha tenido más comidilla que unas curiosas notas cambiadas entre el Consejo de Oficiales Generales y la Zona Militar. Como saben nuestros lectores el Consejo extrañó que la Zona Militar se hubiera permitido dirigirse al presidente de la Corte Suprema directamente, en su nota de resistencia á la orden de abstención dada por la Sala, saltando así el trámite regular. La Zona se excusó alegando que no había querido faltar el respeto debido al Presidente de la Suprema y que la irregularidad podía atribuirse á todo, hasta á un *error de concepto*, — como que así fué porque el *error de concepto* en este asunto no es solo en lo accesorio sino en lo principal — antes que al maligno fin de faltarle al señor Ortiz de Zeballos.

Los Oficiales Generales sin dar gran importancia á la nota que, en realidad no la tiene, aceptaron esta plausible explicación del *error de concepto*, reco-

mendando que en lo sucesivo la Zona no incurriera en *errores de concepto* de la laya. Esto le ha cascabeleado á la Zona—que nos está resultando una criada respondona de primer orden, que se las tiene tiesas á Dios mismo—y protesta de que no ha asegurado haber dicho que tuvo el tal *error de concepto*, sino que simplemente tuvo intención de insinuar remota y aventuradamente la posibilidad improbable de que, en el más adverso de los casos, hubiera que recurrir, agotadas todas las explicaciones posibles, al *error de concepto*. Lo cual, como se vé, es muy diferente.

Uno de los puntos de apoyo más formidables que tienen los partidarios de la procedencia de la jurisdicción militar en el caso en cuestión es, la muletilla con que en nuestra Universidad se repele, en nuestra organización democrática, los antiguos fueros de la época colonial en que había una jurisdicción especial para los delitos cometidos por los nobles. Y se dice: los fueros y tribunales especiales por razón de la persona constituyen un privilegio odioso y retrógrado: nuestra constitución democrática consagra el principio de que los juicios especiales se derivan por la naturaleza de los delitos y no por las personas. Pero ¿es positivo que tenemos una organización democrática? Pero aún dando de barato que así sea, si se tiene en cuenta la natu-



El Delegado y el Arzobispo



El nuevo Arzobispo bendiciendo

raleza misma del delito político, cuyo carácter delictuoso no se puede fijar *á priori*, que depende del éxito, que requiere para su calificación de un criterio superior al de los interesados. — tanto en redimirlo como en agravarlo, — es evidente que, cuando en él están comprometidos individuos de una condición excepcional, como son los miembros de los poderes públicos, se impone por moralidad política y por principios de racional y elemental justicia, el juzgamiento por personas que no estén subordinadas al Poder Ejecutivo. Por moralidad política porque así la fé pública tendrá mayor confianza en la rectitud del veredicto; por principios de elemental justicia, porque se supone ó por lo menos hay el derecho de suponer que los interrogatorios sean insidiosos, que el valor de las pruebas sea alterado, que el curso del procedimiento sea torcido, y que, en una palabra, el fallo de los jueces obedezca más que á las inspiraciones de una justicia imparcial, á determinadas conveniencias, insinuadas por lo menos, de los jefes más altos de quienes, en algún orden, dependen los jueces. No decimos que este sea el caso

presente; pero si sostenemos que en tésis general puede haber el peligro que indicamos.

Prosiguiendo nuestro razonamiento, juzgamos pues, que más odioso y retrógrado es la fijación del *fuero militar* para estos casos de delitos políticos supuestos — puesto que no están comprobados aún — que la designación hecha por la ley de una sala privativa de la Corte Suprema, que por su condición de independencia está en condiciones más nobles y más serenas para juzgar la entidad de un delito político y calificarlo. El fuero privativo de la Corte no se impone pues, como un privilegio odioso, sino como una necesidad de justicia imparcial, que salva precisamente al acusado de la odiosa jurisdicción militar cuyo estrecho criterio disciplinario no es apto para la apreciación de las razones del reo y por consiguiente de las atenuantes, que pueden ser tales que, rediman de toda culpabilidad y de todo delito. Es precisamente por todas estas consideraciones que la ley misma del Código Militar establece la competencia de la sala Privativa de la Corte; es por estas consideraciones que la ley de 1906 palió un

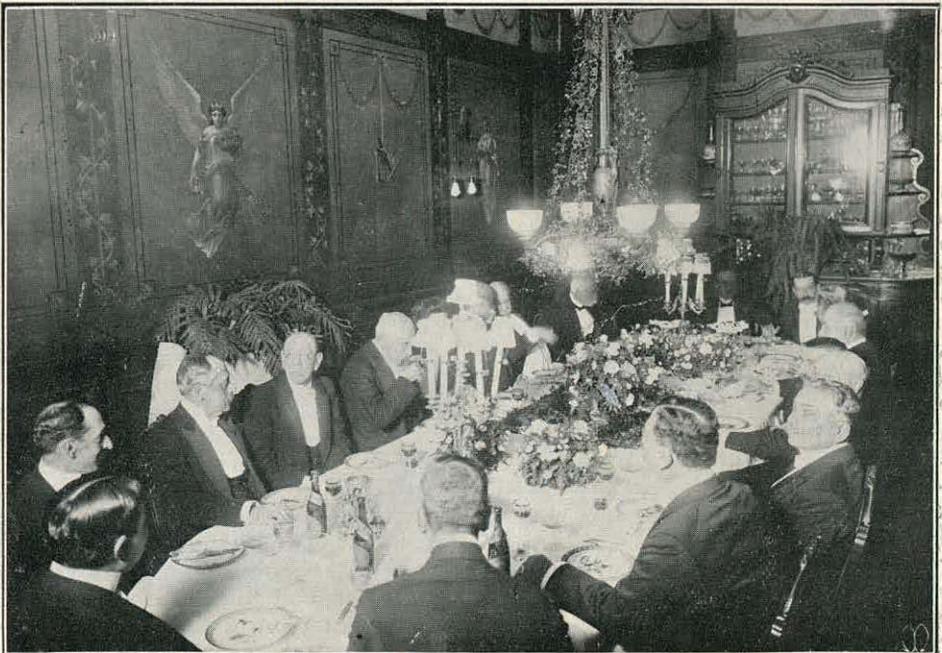
poco la absurdidad de ese *Código* confectionado por los demócratas y que ahora les cae encima, en virtud de ese adagio de las viejas: quien escupe al cielo.....

Y no nos explicamos la pertinacia y la insistencia de la Zona Militar en este asunto del que no va á sacar honor alguno. Cualquiera que fuera el fallo que llegara á pronunciar, después de interrogar, estudiar pruebas y consultar su bendito código Militar y procediendo con la más estricta justicia, es difícil que nadie crea en la imparcialidad del fallo. Si los absuelve, será tal la sorpresa de los demócratas, que esos mismos que hoy se juzgan inocentes dudarán de su inocencia, y verán en la absolución una generosidad teatral, temor, . . . sabe Dios lo que creerán. Y si los condenan, tanto demócratas como civilistas verán en el fallo, la justicia de *quía nominor Leo*. Por angas ó por mangas la Zona Militar va á quedar mal y la justicia en sus manos, por recta que hubiera sido, convertida en estropajo. Pasada ya la indignación de los primeros días que siguieron á la revolución fracasada, cojidos los principales ca-

becillas, ya que no el jefe del movimiento, palpada la general repugnancia que siente el país por estas aventuras de redentores del montón, creemos muy poco político el estar sosteniendo esta situación de hostilidad implacable; y el juzgamiento marcial—aparte de la injusticia é ilegalidad que, en nuestro concepto encierra tratándose de los representantes comprometidos y aún de aquellos presos cuyo único delito fué firmar aquellos malhadados bonos,—nos resulta ridículo. La Zona con sus alardes de severidad y su machaqueo y su persistencia en comerse vivos á los mataperros del Panóptico nos está tomando todas las apariencias de un Jove de bambalinas. Créanos la Zona, más le conviene soltarle el toro á los doctores Villanueva, Canseco y Correa y Veyán. Créanos la Zona que en esto que le decimos no hay *error de concepto*.

---

Y así como en este asunto de nuestra política interna no podemos menos de percibir cierta pequeñez moral, así tratándose de nuestra política exterior nos complacemos en reconocer en el



Banquete al Gral. Cáceres en casa del señor Leguía



Despedida del Gral. Cáceres en la "Lima"

gobierno un alto espíritu de patriotismo por la respuesta que ha dado á la proposición hecha por la cacillería chilena para el arreglo de nuestra vieja cuestión de Tacna y Arica. La propuesta está muy lejos de ser habil y muy lejos de expresar un sincero deseo de arreglo equitativo y honrado. De principio á fin todas las bases, puestas en ese orden con que el señor Puga Borne las propone y con la condición de que no se las desarreglen ni se las desaten, están expresando burdamente la concuspicencia, la injusticia y el espíritu absorbente de Chile. Las primeras bases son la consecuencia de las últimas: son las derivaciones naturales de la armonía y de la amistad de dos naciones: lógicamente pues habría que llegar primero á esa buena amistad y armonía; es decir que antes de pensar en tratados de comercio y navegación, y en estrechar las relaciones y la distancia entre Chile y el Perú, hay que pensar en destruir los motivos de discordia en una forma que satisfaga la justicia y los intereses de las dos naciones. Esta, que es la marcha lógica y leal de las negociaciones, es la que ha fijado el señor Seoane en una nota que

le hace honor por su claridad, por su patriotismo y su tono digno. Primero seamos amigos, primero cumplamos el pacto á que nos comprometimos, sin suspicacias ni torcidas interpretaciones, y después arribaremos á esos tratados comerciales y á esas vinculaciones que sólo se tiene con los amigos francos.

Bien sabía Chile que su propuesta era una nueva burla y que el Perú jamás había de aceptarla. Y está hecha con tan poco talento que el más infeliz de los peruanos, después de leerla percibe claramente que mientras todas las ventajas recaen sobre Chile, sobre el Perú no vendría á caer una sola: á no ser que Chile juzgue como una ventaja para el Perú la humillación de haberse visto obligado á aceptar una transacción indecorosa, para que Chile se riera de la inocencia de nuestros hombres dirigentes.

El doctor Seoane no ha necesitado esforzarse mucho para probar á Chile y al mundo lo irrisorio del arreglo propuesto siempre que él no signifique una franca renuncia de todas esas curiosas doctrinas que ha venido sosteniendo sobre la significación de los

plebiscitos. Dice Chile que el plebiscito en los tiempos modernos es una forma inventada por Napoleón para disimular las cesiones territoriales una mera fórmula para dulcificar con paliativos de legitimidad el dolor y la vergüenza de una anexión de un territorio que perteneció á un país. El doctor Seoane prueba en su brillante respuesta la inexactitud de esta caprichosa aseveración. Poco nos importa que Napoleón hiciera tal aplicación de tratados bilaterales en que dos países comprometen su fé. Bien sabe Chile que ni por un segundo hemos dado motivo para que nos juzgue resignados á esa farsa. Puede en buena hora decir al mundo entero que ha tentado las últimas fórmulas de conciliación, y que es el Perú quien se niega á aceptarlas. Nadie le creerá: pues proponer mogigangas no es intentar seriamente una conciliación.

Todos vemos venir el desenlace de toda esta burda farsa: Chile dirá al mundo que puesto que el Perú rechaza sus fórmulas de arreglo (léase de ce-

sión disimulada) se anexa definitivamente nuestras provincias: entregará á los acreedores del Perú los diez millones y . . . . santas pascuas. Perfectamente. Fracasadas las tentativas de chilenzación de Tacna y Arica es lógico que proceda de ese modo. Aquí nos limitaremos por ahora á protestar de ese descarado despojo y . . . . paciencia. ¿Qué otro remedio nos queda?

El pasado domingo tuvo lugar la consagración solemne ó sea la imposición del palio del Arzobispo de Lima, monseñor Pedro García Naranjo. Fué una ceremonia imponente á la que concurrió el elemento oficial, el cuerpo diplomático y gran cantidad de personas de nuestra sociedad. Publicamos varias vistas relativas á la fastuosa ceremonia.

VARIEDADES cumple un deber filial al publicar una copia del diploma que obtuvo su progenitor, PRISMA, en la Exposición última de Milán.



Diploma de la medalla de plata que obtuvo PRISMA en la Exposición de Milán

Los miembros de la juventud civilista de Lima ofrecieron en casa Kleín un banquete al doctor Chiriboga miembro conspícuo de la juventud civilista del Cerro de Pasco, y persona que tuvo inusitada y alta figuración en el rechazo de los facciosos de Durand en su ataque al Cerro. El doctor Plácido Jiménez ofreció el banquete en un conceptuoso discurso apologético y contestó el doctor Chiriboga con otra no menos conceptuosa pieza oratoria. Una equivocación de nuestro fotógrafo nos permite publicar una vista de esta fiesta; fué nuestro comisionado á tomar una fotografía de un banquete que, ese mismo día y en el mismo lugar, ofrecía el Secretario de la Legación China á su Excelencia Chang-Cheng-Chong; pero equivocó la hora y en cambio pudo tomar el banquete al doctor Chiriboga.



Banquete al señor Chiriboga

República, ofreció una comida de despedida al general Cáceres, comida de carácter privado y amistoso de la que que no obstante, permitió á nuestro fotógrafo que tomara una vista, que publicamos hoy, dando las gracias al señor Leguía por su exquisita amabilidad.

El capitán de navío J. E. de Mora ofreció el lunes un almuerzo, abordo del crucero «Lima», al General Cáceres con motivo de su próximo viaje á Europa.

En esta fiesta tuvo el General Cáceres ocasión de encontrarse reunido con todos sus antiguos ayudantes en las diversas campañas del Centro.

Se pronunciaron entusiastas brindis haciendo recuerdos de la carrera militar del general Cáceres.

El general Cáceres, jefe del partido constitucional y ministro del Perú en Roma, después de haber permanecido en Lima varios meses guiando á su agrupación política en la campaña electoral, se ha regresado á la capital de Italia á continuar su gestión diplomática. Con este motivo, la víspera de su viaje, el señor Leguía, presidente electo de la



Rodeaban la mesa además del obsequiado, el Comandante Mora, los Coroneles Abril, Varela, Pásara, Pizarro, Saenz, Fuentes, Cavero y Silva, el Comandante Dupont y los señores Palomino, Dr. Gil Cárdenas, Aramburú J. A. y Dr. Mispireta.

Tres sensibles fallecimientos han tenido lugar en el curso de estos ocho días. El capitán de fragata don Guillermo L. Pareja, que ha sido Encargado de Negocios del Perú en Venezuela, Cónsul en diversas ciudades importantes de Europa, miembro del



✠ Señor Guillermo L. Pareja

Consejo de Marina y últimamente capitán de puerto en Iquitos, falleció el lunes de la semana que termina, víctima de cruel dolencia. El señor Pareja fué uno de nuestros oficiales más distinguidos de la antigua marina, y por su entereza unida á una gran afabilidad y por su acrisolada honorabilidad, mereció el aprecio general. Reciba su distinguida familia nuestro más sincero pésame.

El doctor Ricardo Ortiz Zevallos y Vidaurre, joven abogado, hijo del Presidente de la Iltma. Corte Suprema, ha fallecido, casi repentinamente, el viernes pasado. El señor Ortiz Zevallos y Vidaurre había escrito un notable estudio sobre el código civil y desempeñaba la judicatura de 1ª instancia en



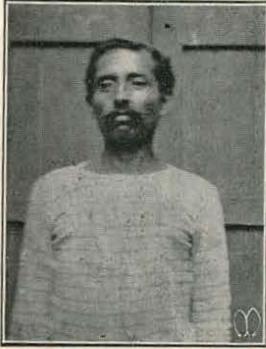
✠ Señor Dr. Ricardo Ortiz Zevallos Vidaurre

Chincha. Sentimos profundamente su muerte.

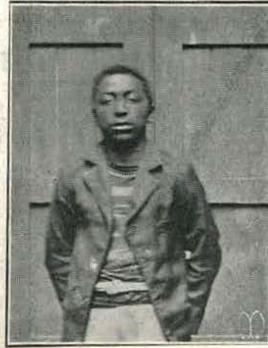
El señor Eduardo Rey de Castro, miembro de una distinguida familia de Arequipa, y que hacía poco había venido al Perú, después de terminar sus estudios profesionales en Inglaterra, ha fallecido también, sumiendo en hondo pesar á su familia y á las personas que pudieron apreciar sus hermosas cualidades de inteligencia y carácter.



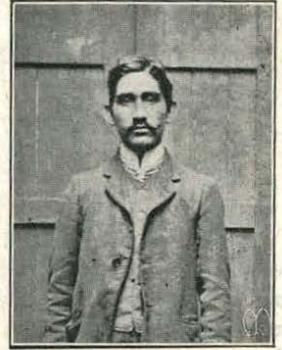
✠ Señor Eduardo Rey de Castro



Máximo Martínez



Agustín Vasquez



Un enamorado

Publicamos una vista tomada en la cárcel de Guadalupe de los presos políticos que actualmente se encuentran en ese local. Como se ha suspendido la incomunicación, el señor Pastor alcaide de la cárcel, no puso obstáculo alguno para que hiciéramos el grupo fo-

tográfico que ofrecemos á nuestros lectores.

Escojemos entre varios retratos de criminales, tres individuos que recientemente cometieron sus delitos y por tal razón, han ingresado en la cárcel. Es-

tos tres recomendables sujetos son: Agustín Vásquez, que ha poco, en Vitarte, degolló á su mujer por celos; Máximo Martínez, de carácter un poco violento que propinó algunos tajos á un colega; y otro individuo de corazón volcánico, á quien el amor llevó á feos extremos con la amada, que por desgracia no se prestaba de buen grado á corresponder á su pasión.



Proyecto de teatro municipal

# CHAIR D'OR

Cuadro de Daniel Hernández

Es la misma rubia de la «Perezosa»; el mismo modelo impecable que yo conocí hace varios años en el estudio del maestro Hernández, reclinada é indolente sobre un sofá de seda, jugando con un ramo de flores frescas, cuyos colores profundos teñían de tonos reberberantes las carnes de ese cuerpo ardiente y suntuoso. Era la gracia y la flexibilidad mismas. Sus ojos azules brillaban entre las armonías pálidas de los fondos, que en varios planos descomponíanse, enlazando sus tintes de riqueza y sus curvas de elegancia, heridas por la luz de los espacios.

Era una de esas almas de París, esclavas del arte que viven en los templos de los pintores, interpretando las bellezas de la Naturaleza. Ellas son: la Emma de la «Onfala» de Gerome; la Alice de «La Fabiola», de la «Herodias»; de la «Orpheline» de Henner; la Adelina de Boldini; la eterna Sara Brown de Hodebert; la Clemencia Isauire de Lefebvre; la María Renard de la «Femme aux Masque» de Gervez; la Paulina Saurez de Krug; la Adrienne de Boulanger; la Eva de Gorguet; la Cora de Saubez; la Paulina Saucos de Bayard; la Elisa Duval y la Paola de Cabanel; la Gabriela de Paul Sain; la Marta oriental de Benjamín Constant; la Grace Spencer de Sargent; la Hel-dah de Louise Abbema; Madame de la Tetonniere, la «Genoveva» de Puvis de Chavannes, heroínas todas, que nacieron en Montmartre ó en Montparnasse, robadas á la alegría y al vicio, del

Astic ó de la Reina Blanca, del Eliseo, del Moulin, de la Galette, del bullicioso Bullier ó del ovalo en la Place Pigalle. Todas tuvieron su historia, sus decepciones y sus amores, corrieron la farsa de la vida, y luego por accidente, convirtieronse á la verdad, á la única verdad cantada por Keats, en su canto á *Urna Griega*, la Verdad del Arte.

La modelo de Hernández, pertenece á esa legión de la Belleza, ella es la esclava de ese artista, quien la ha representado en varias indolencias femeninas, haciendo lujo de sus formas, de sus líneas, de sus carnes, de tonos nacarados, de sus sonrisas, de sus pudores, de sus arropadores secretos y de su alma inocente y tranquila, que todo lo desea, que todo lo puede y que nada pide, sino que la admiren y la quieran, impalpable sobre los lienzos de quien la traduce con tanta gracia y tanto amor á su hermosura.

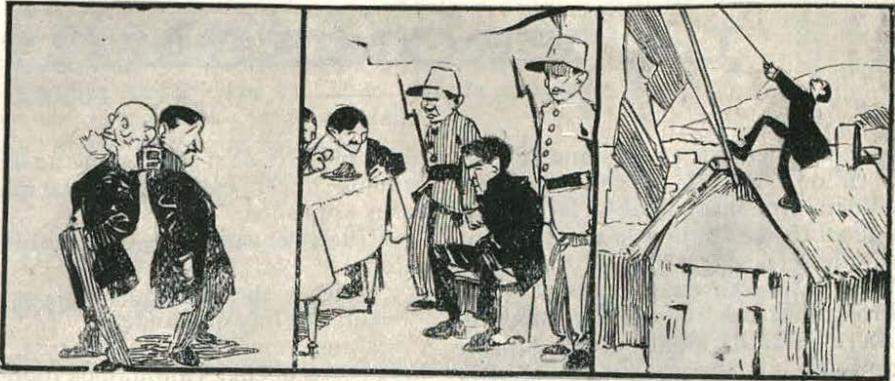
En «*Chair d'Or*» ella se ha envuelto en sederías y en luminosidad; nos muestra su torso, donde la línea es imperiosa y noble; ha hecho de sus brazos un manto de pudor, un nido misterioso; ha dejado caer, ondulantes, como una cascada de oro sus cabellos rubios y rizados; ha juntado sus labios rojos y arqueados como una provocación al beso y ha mirado, cándidamente, tenuemente, entre la sombra, para no quebrantar los rayos de otras luces, con el fulgor de sus pupilas.....

FEDERICO LAARAÑAGA.

Lima, 1908.



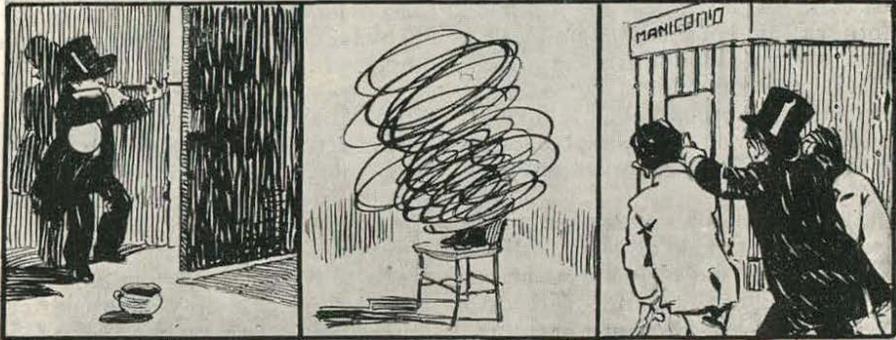
# Chirig.....bogadas



El lazo que une á los partidos civil y constitucional se ha consolidado con broche de oro.

Os habeis constituido en tribunal para juzgarme.

Izé el pendón nacional en el palacio de la paz.



Me puse mi vestido de gala y me puse la medalla del carolino en el pecho para exponerlos.

Aquí se hizo un lío el orador.

También es obra pía meter á los locos en el manicomio.



Arranquemonos la piedad del pecho si es preciso

I vosotros que hemos visto anegadas en lágrimas nuestras pupilas.

Os agradezco que me juzguéis digno de un lugar espectral en la conquista del porvenir.

## LA PROMESA

**H**AY días aciagos en que uno se has-  
teja de sí mismo. Si se ve en el espejo encuentra insoportable la eternidad de su tipo, si sale á la calle, un sol tórrido le retuesta, la grupa de un caballo se interpone entre nuestra vista y el rostro de una linda mujer, una tartajosa carreta de baja policía eclipsa el generoso arremango de faldas que nos augura, como dice Lugones:

*Una pulgada más de lindas piernas*  
Días de *spleen*, ese mal contra el que no se conoce otro remedio que este: esperar que se disipe.

En tal disposición de ánimo venía yo por la calle de Florida contemplando las fotografías, las corbatas de Gath y Chaves, ó viendo donde Lajouanne carátulas de novelas que no compraba y que si compraba probablemente no leía, cuando tropecé con Barrionuevo, excelente muchacho ¡un tigre! como dicen allí.

Estaba acaballada su cara, su bigotillo no había recibido aquel día los solícitos cuidados del pequeño peine, su traje de franela azul no mostraba tan correcto el doblez del pantalón como otras veces, su nariz abría las alas como un pez fuera de su elemento los opérculos; sus ojos color de tabaco me miraron contristados bajo el hongo alto de copa y angosto de ala.

—*Che Carranza, que andas haciendo?*

—*Ando con un estrilo negro. Cuatro ó cinco frases de ese argot argentino, mezcla de italiano, español y algo más que uno exajera por esnobismo.*

—*Tú?*

—*Yo ando con el pesar de la nena á la que operan mañana.*

—*Operan qué?*

—*Un tumor blanco....*

A esta *nena* (hermana de Félix, *hony soit qui mal y pense*, no la conocía yo sino de oídas.

—*Así que la operan?*

—*Así que la operan.*

Callamos y contemplamos un buen rato á esa humanidad agitada por causas tan distintas á un tumor blanco.

—*Y la familia me encarga ir á Lu-*

*ján á pié. No se si sabrás que acostumbramos hacer esta peregrinación en casos apurados.*

—*Una promesa. sí he oído hablar de esto.*

—*Quieres que vayamos?*

—*Cuánto hay que andar?*

—*Unos veinticinco kilómetros. Salimos esta noche. caminamos todo mañana, dormimos en Ituzaingó. Pasado mañana á medio día estamos allí. Ya lo creo que vienes hombre. Hay lindas huertas. Vamos á beber un vermouth?*

Aunque fuera esa una pierna á la que no había tenido obción y que no se había rozado con la mía ni siquiera en el Urbano, no me hice de rogar. Por otra parte, era algo de nuevo.

Estábamos en verano. Ya se sabe que contra una tormenta de verano no hay impermeables. Pero hubiera sido mucha casualidad que en dos días.... La verdad, el whisky, la ginebra y los cigarros nos parecieron mucha carga. De esto fué lo único que nos proveímos para el camino y de nuestro excelente camarada el tuerto Sangredo.

Tomamos la línea esa noche entre campos cercaños de alambre donde el cardo se apelotona, ó donde el pasto amargo sirve de alfombra.

Silenciosos, atentos al fulgur rápido de las luciérnagas, soñábamos. Félix con Marta, su novia, oriental de formas estatuarias, ojos grondes y negros. El tuerto en Amelia hermana de la anterior y muy parecida aunque de formas más esbeltas. Yo apesar de que me querían adjudicar á María, la última de las hermanas, venía pensando en la *nena* á quien no conocía. Me atraía el misterio como á todos. No recuerdo bien, pero creo que esa noche hubo una luna propicia á nuestras divagaciones. Encontramos al amanecer un viaducto de hierro sobre el río Samborombón, el cual pasamos á gatas, sintiendo las emociones que produce el abismo visto entre dos durmientes, por donde uno puede escurrirse.

Esta primera aventura y si se quiere

primer peligro, sugirió la idea de un diario de viaje. Y quién lo hacía? Yo que siempre andaba con la cabeza en alto y los ojos perdidos en una balada. Yo que siempre llevaba un folleto en el bolsillo. Abrí la libreta que me dieron y puse esta carátula lapidaria:

DIARIO DE VIAJE  
QUE POR MOTIVO DE UNA

### Peregrinación hecha á la Virgen de Luján

— HICIMOS —

FELIX BARRIONUEVO, ANTONIO SANGREDO

— Y —

MARCOS S. CARRANZA

—«El prudente»— apuntó Félix. No empiezas sin gallardía.

Proseguí: Día tantos, 6 p. m. Nos sentamos en un tramo del puente que acabamos de pasar».

—No sin peligro—apuntó Félix otra vez.

—*Pucha!*—gritó el tuerto—adorna eso. No parece que *jueseis letraos*. Si no le pones un *firulete* va á parecer telegrama.

¡Firulete! Quería adornos literarios. Me pareció bien añadir: «la brisa matinal un tanto fresca».

Seguimos hollando hierbas empapadas en rocío. Llegamos á estaciones solitarias. Pasamos junto á tanques de agua. Gran parte del día trascurrió y como primer gran incidente digno de tallarse en bronce y de esculpirse en mármoles esperábamos que apareciese Morón pueblo de cierta importancia. Cuatro fisonomías ansiosas y curiosas, trataban de descubrirlo en el horizonte. El coronista más absorto y que iba delante no reparó en que esta vez no era un áspid lo que escondía la yerba como en el verso latino. Esta vez era agua estancada.

—Marcos mira Morón.

Y mis dos pies bonaerenses de paseante de la calle de Florida calzados con alpargatas delgadísimas se introdujeron en el regato, Risas. Mi indig-

nación. Más risas. Y Morón no parecía. Apenas si un celaje descolorido é inconsistente se paseaba en el linde plano y verde como una mesa de billar enorme.

Gran alborozo tuvimos al hallar una huerta donde una familia de esos hortelanos que parecen salidos de la opeleta Boccacio, cosechaba duraznos.

Como nuestros resecos y sedientos labios se refrescaron con esa miel escurrídiza que D'Annunzio hace correr por los sensuales labios de no sé qué mujer hermosa en una artística imagen!

Regamos de mondas largas como tenias y de huesos labrados unas tres cuabras de esa carretera pulcra como todas las carreteras argentinas donde los surcos hechos por las carretas parecen de propósito.

Llegamos á Morón. Uno de tantos pueblos que rodean á la capital federal. Ya se sabe. Calles con nombres ilustres: Belgrano, Alberdi. Quintas con nombres ingénuos: «El buen retiro», «Las acacias». Una iglesia. La estación del ferrocarril. Avisos: «Acaroina», «Chocolat Meunier», «Buchanan Wisky». Mucho eucalipto. Algún ombú. Breacks con el techo de hule cuarteado. Ah! Un semáforo. Yo no sabía lo que era este aparato. Sin embargo había oído la palabreja y me gustaba. Pero quién pregunta?

El tuerto y Barrionuevo cuchicheaban: «mira el semáforo». Atención al semáforo».

—Bah! dije entre mí. Algún instrumentillo de viaje, ilo que se inventa! y con gran empaque pregunté al cabo de un rato:

—Y qué dice el semáforo?

—Adonde está?—me dijo ansioso el tuerto.

— Adonde... Adonde... le respondí yo... Hazte el sueco.

Y me puse á liar un pitillo.

MANUEL BEINGOLEA.

(*Continúa.*)



# GENTE DE CASA

Dr. Guillermo A. Seoane



¿Qué fracasó su misión?  
No hay tal. La que es fracasada  
es la artera pretensión  
chilena, de ver lograda  
la *simulada cesión*

## El mónstruo de "Partridge Creek"

LA historia que refiero aquí no es un cuento absolutamente. Ruego anticipadamente á los que lean esta narración que crean que yo jamás me habría permitido abusar de su buena fé sobre un tema como el que voy á tratar. No he querido estampar en estas páginas sino los hechos exactos por brutales, enormes é increíbles que puedan parecer, los hechos absolutamente tales como impresionaron mis ojos dotados de excelente vista y los de otros compañeros de raza blanca, sin contar el testimonio de cinco indios de las Nieves de la tribu Klayakuk acampada desde sus orígenes en las riberas del río Stewart.

Terminaré este preámbulo diciendo que MM. James Lewis Butler, banquero de San Francisco (mi compañero de cacería en esa época), Tom Leemore minero establecido en las márgenes del Mc Questen River, territorio de Yukon, y el Reverendo padre jesuita Pierre Lavagneux, un canadiense francés, misionero en la aldea india de Armstrong Creek cerca de la Mc Questen, son los tres testigos oculares que están dispuestos á sostener la veracidad de mi relato.

He podido contemplar un gran número de cosas asombrosas, en el curso de los diez años que he pasado recorriendo los cuatro rincones de la tierra y ya me había resignado á dejar dor-

mir estos apuntes en el cajón de los recuerdos, cuando, hace unos pocos días, el 24 de enero, recibí la carta siguiente remitida á mi casa de París y escrita precisamente, por el padre Lavagneux quien vive allá entre los salvajes á seiscientas millas al noroeste de Klondike. La transcribo literalmente:

*Puerto canadiense de Armstrong, Creek  
1<sup>o</sup> de enero.*

Mi querido hijo:

«El "trader" de la Mc Questen acaba de detenerse aquí con su trineo y sus perros. Va á seguir el duro viaje de Dawson por Barlow, Flut Creek y el Dominión. Confío en adquirir por medio suyo, dentro de dos semanas, víveres frescos y noticias del mundo exterior. Hoy es el primer día del año nuevo y quiero que esta carta le lleve mis votos afectuosos de salud y felicidad para usted. Ojalá que pueda tener la alegría de recibirle una vez más bajo mi humilde techo aquí, en el otro extremo de la tierra. No quiero creer en que dejará usted á su amigo sin verle una vez más, antes de que abandone su vieja envoltura terrestre entre los indios de la Stewart que le harán un bello mausoleo de ramas.

He recibido su libro cuya lectura me ha interesado vivamente. Se equivoca usted respecto á ese pobre John Spitz. ¡Ay! Ya no existe ese «mail carrier» de Duncan Street. Ha muerto el infeliz en Eagle Camp poco después de la partida de usted, de resulta de las heridas que le infligió el «bald face» como usted recordará.

Y á propósito de bestias feroces, creará Ud. en nombre del Señor, que diez de mis indios y yo hemos visto, en la noche de Noel, ese horrible monstruo de



Las huellas monstruosas

de Partridge Creek, pasar como un huracán sobre la superficie helada del río arrancando con sus patas traseras enormes blocs de hielo de la ribera superior. Su pelaje estaba cubierto de escarcha y sus ojillos flameaban. La bestia llevaba en su hocico algo que me pareció ser un «cariboo» (ciervo de Alaska). Corría con una rapidez de 10 millas por hora. Había un frío de 45 grados bajo cero ese día. En un rincón del «cut off» desapareció el monstruoso animal. En compañía del jefe Stinestrane y de dos de sus hijos hemos observado las huellas que son exactamente semejantes á las que vimos Leemore, M. Butler, usted y yo, en el fango de ese «moose leak» el último día. Seis veces sobre los montones de nieve pudimos medir la impresión de sus enormes patas, hundidas una veintena de pulgadas poco más ó menos. Hemos remontado el Stewart durante dos millas; después comenzó á nevar dulcemente....»

El haber recibido esta carta me ha decidido á escribir la presente historia:

#### EL RELATO DE MI AMIGO BUTLER

El puesto de Mc Questen, ese rincón perdido del extraño Yukón en donde los inviernos de ocho meses son terribles pero los cortos veranos son maravillosos, fué por cuatro veces mi retiro predilecto en los ocho años que estuve en el norte.

Un amigo de San Francisco, M. Butler que había ido á Dawson City para adquirir unas concesiones auríferas, me había prometido reunirse conmigo en esta región propicia para la caza.

Tomaba un día mi café bajo el toldo de la cabaña del padre Lavagneux, á eso de las cuatro de la mañana cuando oí un silbido que venía de la otra orilla.

Un «quenooze»—canao de corteza de árbol— tripulada por dos indios venía por el río siguiendo la sombra de los árboles. Era Butler que llegaba.

—Querido, me dijo con una sonrisa que procuraba disimular la emoción, voy á comunicarle una cosa que no tiene nada de banal... Querrá usted creer que aún existen por aquí mónstruos prehistóricos?

Yo solté la risa y le llevé por un sendero cómodo que conduce á la casa del padre Jesuita. Después que Butler se sentó y se quitó las botas manchadas de lodo nos contó la increíble historia que sigue:

—De Gravel Lake donde llegué el martes en la noche mi penúltima etapa ha sido la embocadura del Clear Creek donde yo sabía que ustedes habían enviado alguien á mi encuentro. Travesía espantosa: cuarenta millas de pantanos. En fin, en la noche bajé la cuesta y tuve el gusto de ver luz en la cabaña de Grant. Grant estaba en su casa; una buena cena me esperaba.

Ayer en la mañana temprano fué Grant á decirme con su modo misterioso, que tres hermosos «mooses» pacían tranquilamente detrás de la llanura de Partridge Creek. Tomamos un trago y nos pusimos en camino los cuatro, Grant, los dos hombres que ustedes me enviaron y yo. Dimos un gran rodeo y desde lo alto de una colina percibimos á poca distancia, en el valle, cerca de una fuente sulfurosa tres enormes *mooses* que caminaban con lentitud, escarbando el suelo para comer los líquenes....

Derrepente hop! hop! hop! ... Dieron tres saltos simultáneos! Uno de los machos lanzó uno de esos bramidos impresionantes que acostumbra dar cuando se ven sorprendidos ó heridos mortalmente, y los tres animales se pusieron á galopar hacia el sur en una carrera incensata. ¿Qué había pasado? Nos aproximamos al sitio de donde habían arrancado tan bruscamente.

Llegados á la fuente sulfurosa, que tiene de largo unos sesenta pies y de ancho unos quince, vimos en el fondo cenagoso y casi á flor de agua de la fuente la impresión fresca del cuerpo de un animal monstruoso. El vientre, desde luego había hecho en el barro una depresión de más de dos pies de hondura y de una longitud de treinta y uno por doce de ancho. Además se veían las huellas de cuatro patas gigantes. profundamente marcadas, que no bajaban de cinco pies de diametro con uñas de un pié de largo cuyas puntas penetraban hondamente en la turba. En fin, un poco más atrás — cosa que espantó á nuestros hombres—vimos un

gran monton de estiércol verduzco que medía por lo menos dos yardas cúbicas; era un excremento que no se parecía al de ningún animal conocido y que se conocía no era producido por la digestión de vegetales.

La impresión de una larga cola de diez pies de largo y de unas sesenta pulgadas en su parte más ancha completaban esta vista aterradora. Seguimos las huellas del monstruo durante cinco ó seis millas hasta la torrentera de Partridge Creek, donde, en el sitio que los guías llaman *el golfo*, desaparecieron como por encanto.

#### SE NOS APARECE EL MONSTRUO

El día siguiente de esta relación á las cinco de la mañana el padre Lavagneux, Butler, Leemore, un minero prevenido apresuradamente, yo y cinco hombres de la tribu (ni los dos primeros guías, transidos de terror, ni el sargento de la policía montada, ni el «trader» quisieron acompañarnos) atravesamos en dos «quenoozes» el Stewart. Todo el día recorrimos sin resultado el valle á orillas del Mc Questen los «flats» de Partridge Creek y el territorio comprendido entre Barlow y las altas montañas de nieve.

Por fin, en la noche, fatigados después de haber pataleado largo rato en un pantano encendimos fuego en lo alto de una torrentera rocallosa — yo no podría fijar exactamente su ubicación. Habíamos caminado en todas direcciones en un radio por lo menos de cincuenta millas sin haber hecho el menor descanso.

Eran más de las diez de la noche. El sol declinaba. Teníamos el cuerpo entumecido y explorábamos con la mirada la extensión espejeante del pantano que habíamos cruzado. El té hervía y cada uno se preparaba á sumergir la taza de metal blanco en la marmita, cuando de súbito un ruido de piedras que rodaban y un rugido insólito, roncoco, espantoso nos hizo saltar á todos...

La bestia... la bestia que buscábamos estaba allí, negra, gigantesca, los belfos llenos de baba sanguinolenta, las mandíbulas agitándose en la rumia de no se que comida, pesada, potente, monstruosa, la espalda vuelta á la torrentera y haciendo rodar gruesas rocas! ...

Paralizados de terror el padre jesuita, Leemore y yo hicimos ese inflamamiento de pecho que precede al grito de espanto, pero ningún sonido salió de nuestras secas gargantas. Inconscien-



Diez minutos de terror

temente nos cojimos del brazo. Los cinco klayakuks se habían tirado al suelo temblando como hojas que el viento agita; y Butler ya se había precipitado desalado por la colina.....

—Un ceratosaurio.... Es el ceratosaurio del círculo ártico — balbuceó el padre Lavagneux chocándole los dientes.

El monstruo se había detenido á veinte pasos de nosotros apenas y sentada sobre sus cuartos traseros miraba in-



“El ceratosaurio” — (Dimensiones comparativas de una pata y la cabeza de un hombre)

móvil al sol rojo, que teñía verdaderamente de una luz diabólica la landa boreal.

Pudimos entonces durante diez largos minutos, enclavados al suelo por no se qué fuerza superior, contemplar la terrorífica aparición. Estábamos en

posesión de todas nuestras facultades y estamos completamente seguros de que teníamos delante una criatura viva y no una sombra de alucinación.

....El ceratosaurio volvió su inmensa cabeza pero no pareció vernos. Esta se levantaba á una altura de dieciocho pies. Su cuerpo entero desde el hocico hendido—encima del cual se erguía un cuerno como el de los rinocerontes—hasta el extremo de su cola (con la que le vimos hacer rodar hasta el fondo del precipicio una enorme piedra que cayó haciendo un ruido sordo) medía por lo menos cincuenta pies. Su piel semejante á la del jabalí estaba erizada de cerdas gris oscuro. Su vientre estaba cubierto por una espesa capa de lodo....Butler nos dijo después que creía que ese animal pesaría cerca de treinta toneladas.

El ceratosaurio movió las mandíbulas masticando su alimento y oímos el ruido de trituración de huesos. Desde su hocico se escapó una baba blanquecina y derrepente se alzó sobre sus miembros posteriores, lanzó un rugido sordo, espantoso, indescriptible, dió una vuelta rápida y con movimientos de kanguro saltó en la torrentera con salto prodigioso, arrastrando detrás de sí enormes blocs de sílex!....

.....

El 24, Butler y yo, después de dos días de reposo partimos para Dawson City con objeto de pedir al Gobernador cincuenta hombres armados y montados.

Aquí termina esta historia. Fuimos durante un mes la irrisión de esa ciudad, y el *Dawson Daily Nugget* publicó, sobre lo que contamos, un artículo satírico y á la vez lisonjero que tenía por título: *Un émulo de Poe*.

GEORGES DUPUY.





**Chair d'Or**

Cuadro de Daniel Hernández, notable artista peruano—Propiedad del señor Federico Larrañaga

# El "Real Felipe"

## LAS PRIMERAS VICTIMAS

### I

El lunes 20 de julio de 1818, dos ginetes recorrían el camino real que del Callao va á Lima.

Uno de ellos, Nicolás Piñatelli, llevaba sus cuentas á la Administración General del ramo de correos. Su compañero, Tomás Olivares, bajaba (así se decía entonces) para cobrar el valor de una deuda.

Para después de sus ocupaciones tenían un programa de distracción en la pampa de los Amancayes.

A las seis de la tarde los dos ginetes regresaban, al parecer muy embebecidos en conversación sobre tema interesante.

Piñatelli había reconvenido á Olivares por su tardanza y por la burla que entrañaba el no haber vuelto á la posada para verificar el concertado paseo.

Olivares, misterioso y reservado, omitiendo nombres, lugares y personajes; pero explayándose en detalles refería lo acontecido en la huerta de Presa y las escenas que había presenciado en ella, escenas que ya conocemos.

Espíritu inquieto é irreflexivo, falto de discreción y de cordura y afecto á la novedad, el chileno Piñatelli, se halló dueño de un secreto que no cabía en su pecho.

Pronto, muy pronto, sus paisanos conocían el posible acontecimiento y á las once del día veintiuno de julio, lo revelaba á don Juan Barboza. «con tanta puntualidad, que hasta le contó lo del santo y seña «Pedro-Pedro» (1)

### II

Las horas corrían y Piñatelli no se daba punto de reposo en su tarea de alarmar á sus amigos y de incitarlos á que asegurasen sus tesoros y huyesen del pueblo.

(1) Textual en la declaración de Piñatelli.

Casi arrastrándolo llevó á Barboza hasta cerca del Castillo para que viera á uno de los atacantes; y, asegurando que los prisioneros se habían alzado, y que una numerosa tropa rodeaba la fortaleza, iba de aquí para allá, y, lleno de sobresalto y azoramiento, visitaba las barracas y los tambos, llevando la nueva de la sublevación, y, con ella, la intranquilidad y el temor á los ánimos.

Con tales noticias inicióse una emigración del pueblo en peligro por la pampa de San Miguel y por el camino real.

Barboza con su familia; el mistelero Tomás Balarezo; la mujer, hijos y dependientes de Olivares; y la esposa, suegra é hijos de Piñatelli, emprendieron la marcha con destino á la chacra del primero que hasta hoy conserva el nombre de su propietario.

El doctor del Barco y su familia, lo mismo que el chileno Nicolás Rodríguez, se refugiaron en un rancho de Bellavista; y otros, por el camino real, llegaron á la hacienda de Villegas, de que era propietario el presbítero don José Villegas.

Fué aquello una dolorosa peregrinación, en medio de una oscura noche de julio, por sendas charcosas y con lluvia incesante y un viento que entumecía los miembros.

Mientras tanto, el promovedor y autor de esa penosa situación, paseaba en unión de otro amigo por la calle de San Antonio, que sigue á la del Ovalo, con dos desgraciadas, flores del arroyo. (2)

### III

Un mozo limeño, llamado Valentín Cevallos, empleado en el falucho de rentas, vió que Borboza recojía su di-

(2) Testimonios de Manuel Salgado y del Ayudante de la plaza, teniente Fernández Vergara.

nero, plata labrada y alhajas y colocaba todo en un balancín.

Atando cabos sospechó que algo grave acontecía, y comunicó su pensamiento al portugués Antonio Domínguez, su amigo.

Cosa común en el pueblo chico, que con cuentos y murmuraciones la vida pasa, la noticia circuló rápidamente, y los españoles y portugueses del puerto se pusieron en acecho, y quedaron sorprendidos de ver que en balancines, á caballo y á pié, abandonaban sus hogares muchas personas que tenían reputación de acomodadas y fama de patriotas.

Españoles y portugueses y otros afectos al régimen colonial por sus empleos ó granjerías, adivinaron un peligro, y corrieron á armarse como podían para acudir luego al Arsenal y ofrecer á su jefe, el contingente de su devoción y de su lealtad al soberano.

El Arsenal era el centro de reunión de los vecinos que formaban la tropa de marina, cada vez que en el puerto surgía la alarma consiguiente al estado de intranquilidad en que, por esos tiempos, vivían las autoridades españolas.

Muy pronto se juntaron cerca de treinta hombres, que, á las ocho y cuarto de la noche y al mando del carpintero Nicolás Noé, salieron á rondar; y, un poco más tarde, siguió á esta patrulla otra más numerosa al mando de don Valentín García, delineador hidráulico, graduado de alférez de fragata nacido en Cartagena de Levante.

Su misión era perseguir á los asaltantes y aprehender á los sospechosos.

#### IV

Recorriendo las calles del pueblo los de la ronda, notaron dos hechos, muy significativos, en concepto de esos fieles vasallos. Era el primero la inasistencia de muchos vecinos obligados á presentarse en el Arsenal, y el segundo el de tener esos vecinos cerradas las puertas de sus casas y aseguradas con candados iguales, de los llamados *de vuda*.

¿Los ausentes se habían unido á los facciosos después de poner en salvo á sus familias?

¿Esa igualdad de los candados era una marca, una señal de que en esas casas vivían personas amigas á quienes no debía hacerse daño y con cuya devoción podían contar los atacantes?

Todo esto era presumible, pero no de verdad.—Los ausentes lo estaban por miedo de sufrir las consecuencias de un combate que creían iba á realizarse, y la historia de los candados resultó una invención que no pudo surgir á pesar de las prolijas investigaciones que se hicieron.—Si dos ó tres candados fueron iguales esta circunstancia fué casual y así resultó de la indagación.

Otro era el pecado de los fugitivos: si se ocultaban era porque conocían el proyecto, y, conociéndolo, no lo habían denunciado.

Julián Pérez, cuñado de Piñateli, había recibido de este la confidencial noticia de lo que llamaba el levantamiento, y después de asegurar los dineros que conservaba en su barraca se presentó a la ronda, ganoso, decía, de morir en donde murieran los chapetones.

Su indiscreción al revelar á un catalán llamado Francisco Pasol, la confianza de su cuñado, bastó para que la conociera el alférez don Valentín García, de modo que cuando á la media noche llegó Piñateli, para incorporarse también en la ronda, fué detenido, y examinado y careado con Pérez, y confeso y convicto de su delincuencia, conducido al Arsenal y de allí al castillo en donde ya se encontraban Bernardino Escobar, Vicente Begoña y Miguel Córdova.

La misma ronda de marina capturó en seguida á Juan de la Cruz Rueda, otro de los inasistentes al Arsenal y que se había ausentado de su casa, ó estando en ella, había permanecido sordo á los llamamientos que se le hacían en nombre del rey.

Pesaba también sobre él la acusación de haber dado albergue á dos ó tres frailes mercedarios, la presencia de uno de los cuales, entre los facciosos, la había revelado Escobar.

ANÍBAL GÁLVEZ

(Continúa).

# ¡Addio, española!

**J**ULIA TOMBESI era una joven guapa á las derechas, cuando vino por primera vez á Lima, ahora veinticuatro años, como *mezzo-soprano* de la compañía de ópera D'Aponte.

La conocimos el día de su llegada; no hablaba una sola palabra de castellano, pero había en sus ojos grandes é inteligentes, tal atención para escucharnos, que comprendimos, desde luego, que la hermosa joven italiana llegaría pronto y sin esfuerzo á dominar nuestro idioma.

Concluyó la temporada de ópera, que dicho sea de paso, fué poco halagüeña para la empresa.

De pronto, y cuando menos lo esperábamos, se presentó una noche haciendo la Guayaba de la zarzuela *Robinson*. Después, *Marna*, en la que tuvo un lapsus. Al concluir la carta en el 2º acto, dijo muy tranquila: «*hasta que punto es hoy tua figlia disgraziada*»... frase que le valió, sin embargo, un aplauso.

Pero poco tiempo después, hablaba el castellano sin rezago ninguno de su idioma natal.

Recordamos que en 1889, caando se implantaron entre nosotros las tandas, Arcos al oirla ensayar, le preguntó:

—Es usted española....?

Julia rompió á reir:

—No señor, soy italiana.

—Pues señor, me la ha pegado usted, dijo Arcos, aunque algo sospechaba yo al oirla cantar.

¿Quién no la recuerda haciendo *Chateau Margaux*, *Boccacio*, *La Verbena*,

*Tela de araña*, *Mascota* y otras obras, en que Julia lucía su buena voz de *mezzo-soprano*, su elegante y lujosa indumentaria, y su hermoso continente de mujer bella?

A quién se le ocurrió pensar, viéndola hacer estas obras, que la tiple que aplaudía era italiana?

Julia nos estrenó, allá por 1886, una zarzuelita, desempeñándose con mucha gracia.

Vivía entonces modestamente en un cuartito del tercer piso del extinguido hotel del Nuevo Mundo, muy claro y alegre, como que tenía vistas á la plazuela de la Merced, en unión de su esposo el talentoso maestro triestino Antonio Rúpnick, que tan cariñosamente recuerda siempre el público limeño; cuando estrenó Oswaldo Carreño Dehesa su comedia *La princesa Ardid*.

En Lima había en ese tiempo pocos ar-

artistas de verso y era grande el personal de la comedia: obligó, pues, á los zarzueístas á hacerla, —lo contrario le pasó á Luis Márquez, que estrenó su zarzuela *La novia del colegial*, con los dramáticos de Duclós; —y el propio maestro Rúpnick, que siempre rehuyó presentarse en escena, hizo un papelito de dos palabras.

—Pero, *Toni*, —le dijo Julia, —parece mentira que no sepas hablar castellano!

—¡Addio.... española!, le contestó su marido riendo, *io sólo se l'idioma universale: la música!*

Y va de apéndice.



Sra. Julia Tombesi

En uno de los ensayos de la comedia de Carreño Dehesa, éste—que había vivido algunos años en París y usaba, á las veces, en la conversación, giros y palabras francesas.—se dirigió al tenor cómico Fernando Cuello, diciéndole:

—A fin de que la obra tenga la mayor propiedad posible, ustedes, los hombres, deberán sacar tres ó cuatro decoraciones cada uno.

—¡Caramba!—dijo Cuello abriendo

con asombro los ojos—¿quién vá á poder . . . ! y para qué?

—Hombre, tratándose de gentes nobles eso es corriente en Europa, y además es *chic, très chic*....

—¡Ah, yá....!—exclamó Cuello, comprendiendo que las decoraciones de que hablaba Carreño, no eran telones, sino condecoraciones....

M. CLOAMÓN.

Lima, 1908.

---

# TEATROS Y ESPECTACULOS

UN circo de tercer orden nos ha hecho la caridad de darnos á conocer el emocionante espectáculo del «Looping the loop» cuando este no se da ya en ningún teatro ó circo de Europa por considerarlo ya contemporá-

neo de las cruzadas. Decididamente nuestra pobre Lima si no es el último rincón del mundo, vecino le está. Seis años ha el *looping* con todas sus variantes como «la flecha viva» y el *looping* en automóvil, hacía furor en el



Mephisto en el momento culminante de su arriesgada prueba

viejo continente y en Estados Unidos; poco después fué conocido en la República Argentina y en varias capitales de Sud y Centro América. Y cuando en todas partes ha envejecido viene á sacudir los nervios de los buenos vecinos de Lima.

El domingo pasado, el célebre *Mephisto*, que ha venido formando parte del personal del Circo Holmer del Mauro, hizo en la Plaza de Acho ante numerosa concurrencia, su arriesgado expe-



*Mephisto* al terminar de recorrer la pista infernal



*Mephisto*

rimento, con el éxito que era de esperar dada su larga práctica, su serenidad y el conocimiento que tiene del manejo de la máquina que emplea. Aun cuando todos los espectadores tenían la casi total evidencia de que el experimento se hacía con feliz resultado, sin embargo el minuto de orientación de la máquina y los dos ó tres segundos que dura la ejecución de las pruebas son de una gran tensión nerviosa para el público, pues la menor desviación de la línea negra que está trazada en la pista y en el rizo significa nada menos que un viaje á la luna.... en busca de Durand ó del *trifinus* melancólico, con la agravante de llegar en estado de tortilla.

Publicamos unas vistas tomadas en la Plaza de Acho durante la ejecución de la arriesgada prueba.

## Hierática

Una pureza de lilas  
y una claridad de aurora  
tienen tus dulces pupilas  
crepuscular soñadora.

Vierte lírico tesoro  
sobre las vidas intensas  
el largo silencio de oro  
de tus miradas suspensas.

En tu faz maravillada  
está el beso silencioso  
de tu boca perfumada;

y engastado en carne, el móvil  
de mi anhelo lapidario,  
entre una sonrisa inmóvil.

JOSÉ FIANSON.

Otoño: MCMVIII.

## Correo franco

**Señor G. H. F.**—LIMA.—Recibimos su crítica al discurso del doctor Chiriboga en el banquete en casa Klein. No lo publicamos porque ha tomado usted muy á lo serio el desmenzamiento de los párrafos de esa memorable pieza oratoria. Es usted demasiado intolerante con el doctor Chiri y en no pocas veces injusto. Además su crítica está muy mal escrita y aunque usted no advirtiera que no es literato, bien se echa de ver que andamos un poco mal con la gramática, y que cuando quiere usted ser gracioso tiene toda la gracia de una batea. El travieso Málaga, como verá usted, es más oportuno y acertado con el lápiz que usted con su crítica. Estamos sí de acuerdo en que es más fácil ser héroe en el Cerro de Pasco que pronunciar discursos en Lima, y creemos también con usted que un pueril afán de glorificación es el que ha traído al doctor Chiri por acá, y que más discreto habría estado cerrando el pico. Pero que quiere usted amigo! Todos los hombres tenemos nuestras debilidades: ese joven, hasta ayer obscuro, ha encontrado, por obra de las circunstancias, abierto el agujero de la celebridad y ¡zas! se ha tirado en él de cabeza. Ha hecho bien que diablo! Su error ha sido hacerlo hablando, y..... en la culpa está la pena.

**Señor A. H. H.**—LIMA.—Sentimos mucho que se haya usted tomado de la molestia de escribir esas seis largas carillas de *Ofrenda á Chocano* para remitirlas á VARIEDADES. Somos admiradores fervientes de Chocano pero nunca se nos hubiera ocurrido, con honesta intención decirle todo lo que usted le dice de tan mala manera. Para que no se resienta usted publicaremos un trozo de su trabajo: «Si yo fuera poeta, si *tubiera* una virgen ideal, después de mimarla con los epítetos más tiernos, más dulces que pudiera hallar en la lengua, concluiría por decirle delirante de ternura: amada mía! madre mía! son tus ojos dignos de un madrigal de Chocano. Tu musa es para el album, para el amor, para la quimera, por eso cuando una bella te pide un verso quieres ser «una águila y hacer gala de aprisionar un rayo entre tu pico para así soberbio arrancarte un ala, para que se haga de ella un abanico». La parte en que dice usted que colocaría á Chocano en el escudo nacional, en uno de los cuarteles, en actitud de recitar versos, es pistonuda. Diga en que cuartel lo pondría? en el de la llama, en el de la quina ó en el del cuerno? Hay otra parte en que dice

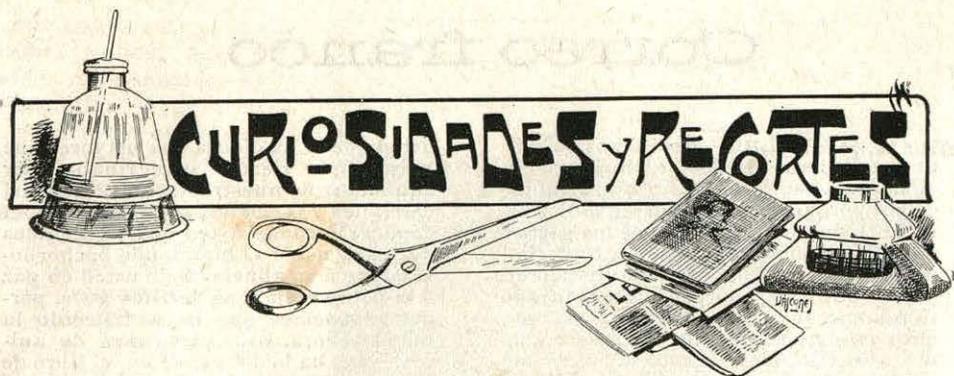
usted que le ha oído á sus mayores que hace algún tiempo peregrinaban por aquí fieras de nuestras selvas, vicuñas, caimanes y turpiales, presididos por el condor. Perdone usted que le digamos que está usted calumniando bochornosamente á su abuela. Deje usted en paz á la pobre vieja, que de Dios goce, porque suponemos que haya fallecido la buena señora. Esas caravanas de animales las ha leído usted en el libro de Rudyard Kipling.

En fin, señor, crea usted que le hacemos un favor no publicando su *Ofrenda*. Se ve que lee usted bastante pero que aun no digiere. El mejor remedio para esta dispepsia es que se abstenga de escribir por algún tiempo.

**Señor D. A. y S.**—LIMA.—Pero señor ¡por Dios ¿quiere usted dejarnos en paz? Qué empeño de hombre en que VARIEDADES publique sus cosas. Muchas gracias por la dedicatoria de su nueva *producción*; pero háganos la caridad de no mostrarnos tan marcada predilección. Sus trabajos son buenos, su composición última es muy pasable; pero señor, tenemos almacenado material para mucho tiempo: el 31 de febrero próximo, día de San Apapucio virgen y martir, publicaremos un número especial con trabajos de escritores inéditos. Tenga paciencia, amigo, que el tiempo pasa sin sentirse.

**Señor Ramiro.**—LIMA.—Aplaudimos la modestia con que, en la carta con que acompaña sus *Ensayos* nos dice que no es poeta. Efectivamente no lo es usted. No nos bastan la ortografía y la puntuación, y la buena medida de los versos para creer que estos sean publicables en nuestra revista. Dice usted que ha visto que muchos escriben versos y los mandan y que por eso usted se ha estimulado para hacerlo. Mal hecho, joven; he allí el poder pernicioso de los malos ejemplos.

**Señor Rivare.**—LIMA.—De poesía así como *Beldad* en que se dice á una fulana, de la que se está enamorado, que tiene los *labios rojos* para poder meter á colación los *soñadores ojos*; que la adornó *natura* con el matiz de las *flores* para largar por fuerza que tiene también su *frescura* y sus *galanos tintes y colores*; de versos así, repetimos tenemos ya despachadas como carreta á y media por ese correo con campanita que pasa en la noche y se detiene en las puertas de las casas. Y crea usted que los ingresos de la misma especie son mayores aún. Al pequeño saldo que nos queda le damos usos especiales.



**LOROS ANUNCIADORES.**—Cerca de París, en el Grand Montrouge, se ha fundado una nueva escuela para educar loros. En ella no solo se les enseña á hablar, sino también se les educa de modo que tengan valor comercial. El director de la escuela ha pensado que un loro listo puede convertirse en un excelente elemento anunciador y tiene unos cuantos loritos aprendiendo á pregonar las excelencias de varios productos comerciales. Cuando las aves hayan terminado de educarse, serán puestas en jaulas en los principales puntos de los boulevares para que hagan el oficio á que se les destina.

Para que aprendan se les encierra en aposentos oscuros donde un fonógrafo se encarga de repetirles las frases que tienen que aprender.

**¿CAEN DEL CIELO LOS DIAMANTES?**—Existe una teoría según la cual los diamantes que se encuentran en la tierra han llegado á ella arrastrados por meteoritos. Muchas de estas piedras caídas del espacio y luego recogidas en el Arizona y en otros países ricos en tesoros meteóricos, contienen diamantes. Si la hipótesis es cierta, podría suponerse que los llamados tubos volcánicos, que se encuentran en todas las minas de diamantes, no eran otra cosa que agujeros abiertos en el terreno por la caída de un bólido. Las masas meteóricas más grandes habrían abierto estos agujeros, mientras las más pequeñas, despedazándose al caer, esparcirían los diamantes.

Otra hipótesis, sin embargo, supone que cada uno de estos conductos volcánicos es el ventilador de un labora-

torio natural, á mayor profundidad de la que el hombre haya podido alcanzar hasta ahora; laboratorio cuya temperatura puede compararse á la del horno eléctrico, donde la presión es mucho más terrible que en cualquier laboratorio de física, donde el punto de fusión es mucho más alto, donde no existe oxígeno, y donde, en fin, han estado enfriándose masas de carbón líquido durante cientos de miles de años. El hierro á elevadas temperaturas y bajo gran presión, condiciones ambas que existen en las profundidades de la tierra, es el tan soñado disolvente del carbono, y permite que éste cristalice en diamante.

La verdad es que todo lo que á esta piedra preciosa se refiere está envuelto en el misterio. Una autoridad en la materia, Sir William Crookes, hablando de los diamantes fosforescentes asegura que en su colección hay uno de color verde el cual, cuando fosforece en el vacío, da tanta luz como una bujía, siendo perfectamente posible leer á sus resplandores.

**TODA UNA BIBLIOTECA EN UN BOLSILLO.**—Si ¡llega á ponerse en práctica lo que dice el «Boletín del Instituto Internacional de Bibliografía», todos podremos llevar en el bolsillo por muy poco dinero una biblioteca entera.

La idea es sencillísima. Todo se reduce á sacar reproducciones microfotográficas de las páginas de los libros grandes y leerlas con auxilio de lentes de aumento. El inventor, digámoslo así, del nuevo sistema editorial, propone que se adopte un tamaño internacional para las páginas, á fin de que

una misma lente sirva para leer todos los libros microfotografiados que se publiquen en el mundo.

El sistema no presenta dificultades técnica y se dice que con él se reduce muchísimo el costo de producción, tanto que un libro de los que actualmente cuestan á duro, por ejemplo, podrá venderse en cuarenta céntimos.

Otra de las ventajas de las ediciones microfotográficas será la que reporte á los libreros que con el procedimiento editorial que ahora usamos necesitan grandes locales para almacenar los libros de diversos tamaños. Las planchas ó clichés podrían ser también de material incombustible y duradero y las ediciones del tamaño que se pidiesen.

---

## INSOMNIO



á M. C. C. y T.

En las sombras de la noche,  
indecisa, suave, leve,  
suavé, leve, vaporosa  
la silueta de mi amada  
yo la veo,  
yo la veo que aparece entre las sombras.

---

En las sombras de la noche  
la silueta se acentúa,  
se acentúa, toma forma;  
y la espero, y en su espera  
los minutos,  
los minutos se me ocurren largas horas.

---

En las sombras de la noche  
yo la veo que se acerca,  
que se acerca á mí amorosa;  
y percibo en mi desvelo  
de su aliento,  
de su aliento tibio, dulce, grato aroma.

---

En las sombras de la noche  
á mí llega lentamente,  
lentamente entre las sombras;  
y ya al borde de mi lecho  
su voz creo,  
su voz creo ilusionado que me nombra.

En las sombras de la noche  
para asirla me incorporo  
me incorporo; mas no logra  
mi deseo darla encuentro;  
y al no hallarla,  
y al no hallarla algo siento que me ahoga

---

En las sombras de la noche  
trastornado la persigo,  
la persigo entre las sombras,  
y burlándome se pierde  
y resurge,  
y resurge nuevamente tentadora.

---

En las sombras de la noche,  
indecisa, suave, leve,  
suave, leve y vaporosa,  
de mí huye y se aleja  
para siempre,  
para siempre se disfuma, se evapora.

---

En las sombras de la noche  
yo la busco, yo la espero  
y la espero en cruel zozobra;  
mas no vuelve. Solo vuelve,  
ya del día,  
ya del día la luz clara bienhechora.  
Barranco, Junio 1908.

JALFER H. GARCÍA NANDEZ.



*Julio A. Hernández  
García*

# A los amateurs

## VIRO-FIJADOR

Preparar las siguientes soluciones:

### Solución A:

Agua.....	1.000 c. c.
Hiposulfito de soda....	250 gr.
Alumbre.....	15 „
Acetato de plomo... ..	2 „

Disuélvase el hiposulfito de soda y el alumbre en agua hirviendo, fíltrese después; una vez fría la solución, agréguese el acetato de plomo previamente disuelto en un poco de agua destilada.

### Solución B:

Agua destilada... ..	100 c. c.
Cloruro de oro.....	1 gr.

Para preparar el baño normal, agréguese á 100 c. c. de la solución A, 6 c. c. de la solución B; es conveniente preparar el baño veinticuatro horas antes de utilizarlo.

## VIRAJE AL ORO Y PLATINO

A.—Agua.....	1.000 c. c.
Cloruro de oro.....	0. gr. 3
Bórax.....	3. „ 5

B.—Agua.....	1.000 c. c.
Cloruro de platino....	4 gr.
Acido cítrico.....	10 „
Sal de mar.....	10 „

Las pruebas se sumergen en el baño A hasta que tomen un tono moreno; se lavan y en seguida deben pasarse por el baño B, donde adquieren un color negro púrpura muy bello.

## COLA PARA PEGAR CÓPIAS FOTOGRAFICAS

Agua.....	100 c.c.
Goma arábica....	8 gr.
Almidón.....	6 „
Azúcar.....	1 „

Disuélvase la goma en el agua y des-

pués agréguese el almidón y el azúcar. Calientese al bañomaría hasta que la preparación sea transparente como una pasta de almidón.

## VIRAJE ÁCIDO AL CLOROPLATINITO DE POTASA

Agua.....	1.000 c. c.
Acido cítrico.....	10 gr.
Cloroplatinito de potasa	1 „

El baño puede emplearse inmediatamente después de preparado.

## FOTOGRAFÍA SOBRE SEDA

La seda primeramente se lava con agua tibia, para que desaparezca la goma que pueda tener, y después se deja secar.

Una vez que está seca, se sumerge en la siguiente disolución:

Agua destilada.....	100 c.c.
Cloruro de sodio.....	4 gr.
Arrowroot.....	4 „
Acido acético.....	15 c.c.

Para hacer esta solución, debe diluirse primeramente el arrowroot en un poco de agua y se agrega la mezcla al agua restante, en la que se habrá disuelto el cloruro de sodio. Se hace hervir la mezcla hasta que quede algo espesa y, por fin, se le agrega el ácido acético.

A la salida de este baño, la seda se deja secar, y después se sensibiliza sumergicndola en el baño siguiente:

Agua destilada.....	100 c.c.
Nitrato de plata.....	12 gr.
Acido nítrico.....	i2 gotas

Después de bañada en la solución precedente, se deja secar por completo en la oscuridad.

Se imprime, vira y fija la seda, tratándola como si fuese papel albuminado.

# La alucinación de Mr. Forbe

Novela de Julio Perrin

(Traducción especial para "Variedades")

[Continuación]

—Seguramente, insiste el otro, la van á guillotinar.

—Y sabe usted, continúa la imágen de Angers, lo que me ha contestado?

La cólera me vence y exclamó levantándose furiosamente.

—Eh demonios! Y que me importa á mí todo eso?

Con los ojos fijos y el aire estupefacto la pobre señora me mira como aterrada; después se desvanece, se volatiliza y se regresa á Angers sin decir una palabra.

Igualmente Sourbelle ha desaparecido.

Hago grandes esfuerzos para concentrar mi pensamiento é impedir á mi imaginación que los siga.

—Es extraño me decía después Saint Denis en la esquina de la Rue Royale y la plaza de la Concordia, que no hayamos aun encontrado una forma de regocijo colectivo más en armonía con nuestra vida moderna en vez de estos banquetes. Resignarse á contemplar las viandas que nadie prueba en esta época de estómagos enfermos y estropeados no es rendir demasiado culto á la rutina?

Yo apretaba las hojas de mi discurso en el bolsillo, oía distraído á mi viejo maestro y sentía la boca seca por la emoción del discurso que debía pronunciar.

## PARIS VE LO QUE SUCEDE EN BREST

Al atravesar la plaza de la Concordia llegó á nuestros oídos un gran murmullo y percibimos claramente las palabras de un canto revolucionario, Saint Denis se adelantó curiosamente hacia dos grupos de curiosos que veían desfilan una larga teoría de los obreros huelguistas de Brest cuyos gestos y movimientos percibidos á través de la distancia producían desde hacía dos días la curiosidad y la inquietud de París una emoción más directa é intensa que la causada antes por la lectura de los diarios.

Llegamos al «Splendid Hotel» donde la mayor parte de los invitados al banquete estaban reunidos; no se esperaba sino al ministro que debía presidir la fiesta. Corrían opiniones contradictorias sobre su concurrencia.

—Vendrá?

—Seguramente.

—Sabrá usted que el gabinete ha tenido que dimitir como consecuencia de la interpelación de Lerody sobre las huelgas de Brest. Cuando el presidente del consejo se preparaba á leer el decreto de clausura de la sesión....

Debo confesar que apenas prestaba atención á todo lo que se decía; de minuto en minuto se aumentaba mi emoción ante la idea de tener que leer algunas páginas en alta voz en presencia de tantos personajes ilustres y de consideración que estaban allí reunidos.

Vi que había sido colocado en la mesa á la izquierda del profesor Hoch, el mismo que había hecho una corta aparición en la sesión de la academia en que leyó Saint Denis mis observaciones; después de saludarle ligeramente con la cabeza dirigí una mirada circular por toda la mesa.

Sabios de fama universal, diplomáticos, grandes funcionarios y escritores ilustres me rodeaban; observé frente á mí los ojillos fijos y soñadores de un plenipotenciario japonés cuya apariencia de gravedad atenta ocultaba la preocupación sobre el modo de utilizar industrialmente el nuevo fluido una vez que hiciera en aparición en el imperio nipón; no lejos un gran diablo de mandarín chino parecía decir con su maliciosa sonrisa: «Ya nosotros conocíamos eso desde antes, desde muchos siglos antes que ustedes; solo que nosotros hemos renunciado prudentemente á emplearlo, del mismo modo que hemos prescindido de tantas otras cosas peligrosas con la vuestra ignorancia juega ahora».

Habiendo así mirado en torno mío mis miradas, se encontraron con los de mi vecino de la izquierda, Eduardo Grandmaison, director del diario *La foule* que asegura hacer una tirada de tres millones de ejemplares. Es un meridional seco y vivo, de palabra fácil y seductora; se inclina hacia mí.

—Pícaro cosa es—murmura con sonrisa llena de ironía—que estemos reunidos aquí para celebrar las conquistas de esa fuerza que es la que arroja del poder al ministro

que preside esta mesa..... ¿No está usted al corriente de lo que sucede?

Mi actitud le da á comprender claramente mi ignorancia y quiere explicarme las cosas.

—Esta huelga de Brest cuya imágen ha comenzado á espantar á los parisienses tiene la culpa de todo. Exasperados los ministros con el espectáculo á distancia de esta calamidad habían resuelto en sesión del consejo de esta mañana, arrestar mañana á los directores del movimiento perturbador. La última sesión de la cámara debía tener lugar hoy: era una brillante oportunidad para evitar las interpelaciones. Desgraciadamente en el momento en que el Presidente del Consejo iba á leer el decreto de clausura de la Cámara, se levanta Lerody, diputado del grupo socialista, y revela el plan del ministerio que permanecía aun secreto; pronunció nombres, acusó al ministro del Interior de haber propuesto la medida, refirió la sesión del consejo detalladamente exponiendo los argumentos que se adujeron y en el mismo orden. Usted comprende la estupefacción que habría....» Y como ha sabido usted todo eso?—no pudo menos de preguntar al presidente del consejo—«Sencillamente, respondió Lerody por qué asistí á la sesión: me trasporté allí en estado de imágen, por la intensidad de mi deseo». No había medio de negar y se planteó la cuestión del voto de confianza, la derecha y la extrema izquierda una vez más han derrocado el ministerio.

—Con ayuda de la telepatía, dijo á mi lado el doctor Hoch riéndose.

—Sí, replicó Grandmaison, con vuestra telepatía que va á hacer imposible todo secreto.

#### ES EL FIN DE LA VIDA PRIVADA

Le escuché distraidamente moviendo la cabeza. Para tranquilizarme y calmar un poco la sed que secaba mi boca me puse á beber los vasos que incesantemente me llenaban los mayordomos, puede ser que la calidad de los vinos fuera mediocre pero no dejé de sentir sus efectos y cuando me llegó el turno de hablar me levanté sin emoción, más bien estaba excitado.

Inflando la voz para hacerme oír mejor leí mi alocución con tono autoritario, casi agresivo, proclamando la omnipotencia del pensamiento libre de trabas y de la sensibilidad humana capaz de objetivarse indefinidamente en toda la extensión de sus dominios.

El aplomo con que hablé fué causa de mi éxito. Terminado el almuerzo fuí presentado al ministro, y á otros muchos personajes ilustres que desearon conocerme; me en-

contré con antiguos camarados perdidos de vista que ahora me tuteaban después de haberme evitado en muchos años. Finalmente Puymagré el cirujano y el electricista Denoyssel me tomara cada uno de un brazo y no me soltaron.

Puymagré hizo recuerdo de la juventud. Es un mocetón fornido cuyos cabellos y barba encuadran un rostro que se ha quedado joven y seductor. Las mujeres se alocan por él y el muy pillo las corresponde bien.

—Veamos, dijo de pronto, que te haces? Esta fiesta ha estado encantadora pero ya se acaba; el ministro se va y lo mejor que podemos hacer es irnos á la inglesa. Te llevo conmigo.

A decir verdad en un momento de lucidez me dí cuenta de la tontería que iba á cometer acompañando á esos tuantes pero ya he dicho que estaba sobrexitado. Además el contacto con personas ilustres que me trataban familiarmente.... ¿como resistir?

Seguí á mis acolitos. ¿Donde? Esto no tiene importancia. Vamos al hecho principal de esta aventura relacionada fatalmente con los fenómenos cuya exposición imparcial y exacta he emprendido.

Serían cerca de las dos de la mañana cuando volví á mi casa con la cabeza más despejada pero algo aturdido por la fatiga y los remordimientos.

El dormitorio estaba vacío: el lecho donde creía que estaría mi esposa estaba vacío; la cubierta arrojada á los pies. Me aproximé al velador en donde todas las noches mi mujer pone su reloj, una caja de Pastillas y su pañuelo, y ví una carta cerrada en un sobre con mi dirección escrita de puño de mi esposa. La abrí y leí lo siguiente:

«Sé de donde viene usted. El extraño poder que poseemos desde hace algún tiempo me ha permitido seguir sus pasos hasta en los menores detalles durante estas dos horas en que me he visto forzada á vivir en su abominable compañía.

Si esa es la clase de intimidades que usted necesita, vaya usted á buscarlas allí donde le he sorprendido. En cuanto á mi renuncio á seguir más tiempo en compañía de usted. Me he encerrado en la habitación de mi hijo, con quien partiré mañana á primera hora á refugiarme á casa de mi madre á quien, parece, que arrojó usted de casa el otro día! Adios.»

Y seguía la firma. Doblé maquinalmente la carta y volví á colocarla donde la encontré.

—Bah!—me dije para tranquilizarme—después de todo la noche es buena consejera y puesto que todavía no se ha ido....

(Continúa).